

CESARE GIRAUDO

LA PLEGARIA EUCARÍSTICA

Culmen y fuente
de la divina liturgia

SEGUNDA EDICIÓN

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2024

Tradujo Luis Rubio Morán
sobre el original italiano *Conosci davvero l'Eucaristia?*

Apéndice elaborado por Emilio Vicente de Paz

© Edizioni Qiqajon, Bose 2001

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2012

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2210-3

Depósito legal: S. 494-2012

Impreso en España / Unión Europea

Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

1	Estudiar la Eucaristía. Sí, pero ¿dónde?, 9
2	Levantar el corazón hacia Dios, 17
3	La acción de gracias, 27
4	Alabar a Dios con los ángeles, con los santos y con nuestros difuntos, 35
5	Ir a Dios con las manos llenas de historia, 45
6	Celebrar la Eucaristía para construir la Iglesia, 57
7	De la liturgia a la vida, 67
8	La intercesión por los difuntos, 79
9	A modo de firma... Como un trueno desde las nubes, 91
10	El pan que partimos, ¿no es acaso comunión con el cuerpo de Cristo?, 101
	<i>Apéndice</i> Plegarias eucarísticas, 115

ESTUDIAR LA EUCARISTÍA. SÍ, PERO ¿DÓNDE?

Todos los católicos sabemos que la celebración eucarística es el rito fundamental de nuestra fe. Y los que van habitualmente a misa saben también que el momento central de esa celebración es la consagración, y la viven de hecho como una copia exacta de lo que sucedió hace dos mil años en el cenáculo.

Pero ¿qué atención prestan los fieles en general a toda la Plegaria eucarística? ¿Se dan cuenta, por ejemplo, de que el prefacio cambia con frecuencia o de que el celebrante puede elegir una u otra de las Plegarias eucarísticas? ¡Seguro que más de uno se habrá percatado de que una de esas Plegarias, por ser algo más corta que las otras, goza de especial simpatía por parte de muchos presbíteros, que la usan casi siempre, acaso porque piensan que responde mejor a la necesidad de que la misa ocupe el menor tiempo posible dentro de la atareadísima agenda de la vida actual!

Por otra parte, muchos siguen viviendo la consagración como algo en sí mismo, separado del resto de la Plegaria eucarística; o, dicho de forma quizás más adecuada, entienden la Plegaria eucarística como una

serie de oraciones independientes que sirven de marco a la consagración, pero sin saber cuál es el valor o la función de tales oraciones.

Tal ignorancia es el resultado de una opción metodológica que ha condicionado la teología de la eucaristía a lo largo de todo el segundo milenio. Las acaloradas disputas medievales sobre el sacramento del altar llevaron a los teólogos occidentales a concentrar todos sus esfuerzos en tratar de explicar el misterio de la presencia real. Se preguntaron cómo se realiza, en qué momento preciso acontece, cuáles son las palabras que la producen. A eso se debe el que los estudiosos, centrandó su atención exclusivamente en la consagración, entendida de manera independiente y estática, hayan terminado por descuidar la dinámica y las riquezas de esa plegaria con la que desde siempre la Iglesia hace la eucaristía.

LA METODOLOGÍA EUCARÍSTICA DEL SEGUNDO MILENIO: ESTUDIAR LA EUCARISTÍA «EN LA ESCUELA»

Los teólogos occidentales han tratado la Plegaria eucarística de modo parecido al relojero aficionado que, para descubrir el funcionamiento de un reloj perfecto, lo desmonta pieza a pieza, sin darse cuenta de que su curiosidad por conocer el mecanismo le ha llevado a parar su movimiento, que es lo que le habría revelado su secreto.

En nuestro caso, el teólogo-relojero ha desmontado el *Canon romano*, que durante varios siglos ha sido de hecho la única Plegaria eucarística en la Iglesia roma-

na. Ha dado a cada parte un nombre específico, como si se tratara de elementos heterogéneos. Después ha cogido la lupa para analizar los secretos de la consagración, considerada con razón como el corazón de la Plegaria eucarística, y ha amontonado desordenadamente los demás elementos de dicha plegaria en los cajones de su mesa de trabajo. Al hacer esto no ha captado el funcionamiento del «mecanismo» sacramental, es decir, no ha logrado comprender en qué relación estaban con la consagración todos esos otros elementos de la Plegaria eucarística.

La preocupación por llegar al meollo de la cuestión ha llevado a los teólogos del segundo milenio a descuidar de hecho lo esencial. Habría sido suficiente mirar más allá de los límites de la consagración materialmente entendida y ampliar el campo de observación a la Plegaria eucarística en su totalidad. De esa manera los teólogos habrían comprendido fácilmente que la transformación del pan y del vino en el cuerpo y la sangre del Señor no es un fin en sí misma, sino que se orienta a hacer la Iglesia, es decir, a transformarnos en el cuerpo místico a medida que vamos celebrando nuestras misas.

¿Qué decir, además, de aquellos que se dejaron llevar por fútiles curiosidades preguntándose, por ejemplo, si en la eucaristía el cuerpo de Cristo estaba entero o no, si tenía o no color, si era grande o pequeño, o incluso cuánto tiempo duraba la presencia real en el estómago del que había comulgado? Seguro que habría sido más fructífero y más serio haber estudiado atentamente el conjunto de la Plegaria eucarística.

Ha llegado el momento de que el teólogo-relojero abra los cajones de sus propios sistemas y coloque de nuevo juntos y en su lugar todos esos componentes del mecanismo que cuidadosamente había desmontado y luego olvidado. No puede ya contentarse con analizarlos por separado, sino que debe preocuparse por captar los secretos de la dinámica eucarística precisamente durante su funcionamiento, para ver cómo de hecho todos y cada uno de esos elementos concurren a un único fin. El teólogo debe contemplar de nuevo toda la formulación de la Plegaria eucarística y dejarse conducir por este mecanismo vivo para descubrir plenamente el misterio eucarístico. Decimos «de nuevo» porque en este apasionante estudio otros nos han precedido trazando la línea maestra que la especulación del segundo milenio había perdido.

Si queremos sintetizar la metodología del segundo milenio, podemos decir que es «la escuela» el lugar donde se forja la teología de la eucaristía. A ella acuden los que desean conocer su explicación. Allí, en los bancos del aula, los discípulos escuchan devotamente las enseñanzas del maestro. Este, desde lo alto de su cátedra colocada en el centro, expone los resultados de una especulación elaborada en su mesa de trabajo. Mientras se enuncian y discuten los artículos de la *lex credendi*, o sea, de la normativa de la fe, las miradas de los presentes se mueven en un simple «recorrido en línea recta»: el maestro mira a los discípulos, los discípulos miran al maestro; ni el uno ni los otros miran al templo, ninguno mira al altar. Cuando maestro y discípulos vayan a la iglesia a rezar, a celebrar, solo

tendrán en mente lo que se ha escuchado y expuesto en el aula, pues, lógicamente, *primero estudian y después rezan, rezan en la línea de lo que han estudiado, rezan según han estudiado.*

LA METODOLOGÍA EUCARÍSTICA DEL PRIMER MILENIO: ESTUDIAR LA EUCARISTÍA «EN LA IGLESIA»

También los Padres de la Iglesia reflexionaban sobre los sacramentos y en particular sobre la eucaristía, pero su especulación se planteaba y se orientaba de manera muy diferente.

Ellos estudiaban los sacramentos en el culto y a partir del culto. Su preocupación fundamental era introducir a los fieles, mediante una comprensión orante, en el misterio mismo que se celebraba, mientras se celebraba. En la teología de los sacramentos, *primero oran y después creían, oran para poder creer, oran para saber cómo y qué debían creer.*

En la época de los Padres, el lugar privilegiado donde se estudiaban los sacramentos era la iglesia: en primer lugar «la iglesia» entendida como edificio, pero también, y especialmente, la Iglesia comprendida en el momento en que se constituye como asamblea celebrativa.

Podemos imaginarnos a uno de los santos Padres, san Ambrosio de Milán, por ejemplo, mientras explica la eucaristía a sus discípulos predilectos, los neófitos. El mistagogo –es decir, aquel que introduce en la comprensión de los sacramentos– no se coloca en el centro de la escena, sino a un lado. En el centro está

el altar, puesto que nos encontramos en la iglesia y en ella el verdadero maestro es el altar. Con la mirada física, maestro y discípulos se miran, el maestro mira tiernamente a los neófitos y éstos miran confiados al maestro. Pero con la mirada teológica, maestro y discípulos miran al altar, que en ningún momento pierden de vista. Es la *lex orandi* –en concreto, la Plegaria eucarística– la que se sienta en la cátedra para decir a todos qué es la eucaristía. Las miradas de los presentes se mueven, por tanto, no en una simple línea recta, sino «en triángulo»: mientras materialmente van del mistagogo a los neófitos y viceversa, teológicamente todas se mantienen fijas en el altar.

Hagamos un pequeño esfuerzo y trasladémonos con la imaginación a aquel momento. Entremos de puntillas en la iglesia donde Ambrosio, el cuarto y quinto días de la octava de pascua, explica la eucaristía. El obispo Ambrosio interpela a su auditorio formulando una pregunta, a la que él mismo responde: «¿Quieres saber de qué manera se consagra con las palabras celestiales? ¡Considera bien las palabras que se emplean! Dice el sacerdote...»¹.

Es evidente que a esta precisa pregunta un teólogo del segundo milenio le daría hoy en día una respuesta rápida y puntual, limitándose a enunciar las palabras esenciales de la consagración. Diría: «Esto es mi cuerpo» y «Esto es mi sangre». En cambio Ambrosio responde repitiendo la parte central de la Plegaria eucarística, la que va desde la petición de la transforma-

1. Ambrosio de Milán, *Los sacramentos*, 4, 21.

ción de las ofrendas en el *cuero sacramental* hasta la petición de la transformación de los participantes en el *cuero eclesial*, peticiones que en este fragmento ambrosiano del Canon romano enmarcan la consagración. Justamente así estudiaban la eucaristía los cristianos de los primeros siglos: partiendo del momento en que la realizaban.

Hemos comenzado nuestras reflexiones sobre la percepción que nosotros, hombres y mujeres modernos, tenemos de la misa lamentando una desinformación o por lo menos una escasa atención a la liturgia: nos hemos acostumbrado a identificar y reducir la misa prácticamente a la consagración. No le ocurre esto a Ambrosio. Él no separa las palabras de la consagración del contexto de oración en el que están colocadas. En todo momento asume la dinámica eucarística en su totalidad e insiste en la finalidad última de nuestras eucaristías, afirmando que el cuerpo sacramental se orienta a nuestra transformación en «un solo cuerpo», es decir, en el cuerpo eclesial.

Después de esta pregunta, Ambrosio saca la conclusión existencial sobre la participación del neófito en la eucaristía. Al comentar el padrenuestro, aplica a la eucaristía la petición del pan de cada día: «Si el pan es de cada día, ¿por qué vas a recibirlo solo una vez por año?... Recibe cada día lo que cada día te debe ayudar. Vive de tal manera que merezcas recibirlo cada día. El que no merece recibirlo cada día tampoco merece recibirlo una vez al año... O sea, que oyes decir que cada vez que se ofrece el sacrificio se anuncia mediante el signo la muerte del Señor, la resurrección

ÍNDICE GENERAL

1. ESTUDIAR LA EUCARISTÍA. SÍ, PERO ¿DÓNDE?	9
La metodología eucarística del segundo milenio: estudiar la eucaristía «en la escuela»	10
La metodología eucarística del primer milenio: es- tudiar la eucaristía «en la Iglesia»	13
2. LEVANTAR EL CORAZÓN HACIA DIOS	17
El saludo	17
La invitación a la «tensión del corazón»	21
La invitación a la acción de gracias	24
3. LA ACCIÓN DE GRACIAS	27
La «acción de gracias» en el relato de Justino	27
La dimensión bíblica de la «acción de gracias»	30
Del «dar gracias» al «confesar»	31
4. ALABAR A DIOS CON LOS ÁNGELES, CON LOS SANTOS Y CON NUESTROS DIFUNTOS	35
El Prefacio y la introducción al «Sanctus»	36
La plegaria judía y la teología del «Sanctus»	38
La Plegaria eucarística y las posteriores aportacio- nes a la teología del «Sanctus»	39
El «Sanctus», o los difuntos a plena voz	41
5. IR A DIOS CON LAS MANOS LLENAS DE HISTORIA	45
La profundidad histórica en las oraciones del Anti- guo Testamento	47
La profundidad histórica en una Plegaria eucarísti- ca oriental	49
La dimensión histórica de la Plegaria eucarística IV	53
Una pregunta	55

6. CELEBRAR LA EUCARISTÍA PARA CONSTRUIR LA IGLESIA	57
Panorámica sobre las articulaciones de la súplica ...	58
La edificación del cuerpo místico	62
¿Por qué comulgamos?	65
7. DE LA LITURGIA A LA VIDA	67
Intercesiones y epiclesis sobre los participantes	68
Intercesiones en la Plegaria eucarística III	69
Intercesiones en la Plegaria de san Basilio	70
Por la precariedad de la existencia	72
Compromiso ético y liturgia	75
8. LA INTERCESIÓN POR LOS DIFUNTOS	79
En las Plegarias eucarísticas del Rito romano	80
En las Plegarias eucarísticas orientales	82
El nombre de los difuntos en la Plegaria eucarística	86
9. COMO UN TRUENO DESDE LAS NUBES	91
El significado de la palabra «amén»	92
Enseñanzas de los Padres de la Sinagoga	93
La enseñanza de los Padres de la Iglesia	97
Agustín y Jerónimo	98
10. EL PAN QUE PARTIMOS ¿NO ES ACASO COMUNIÓN CON EL CUERPO DE CRISTO?	101
Una comprensión inadecuada de la comunión	101
La dinámica sacramental de la pascua hebrea	103
Narraciones de la institución y palabras de Jesús ..	105
Comulgar al verdadero Cordero	110
APÉNDICE. PLEGARIAS EUCARÍSTICAS	115
Testimonio de san Justino, 119; Anáfora griega de San- tiago, 122; Anáfora bizantina de san Basilio, 128; Aná- fora alejandrina de san Basilio, 134; Plegaria eucarísti- ca I o Canon Romano, 141; Plegaria eucarística II, 144; Plegaria eucarística III, 147; Anáfora hispana, 150	